

semejantes hombres son buenos para todo? amigos verdaderos, vasallos fieles, esposos amantes, padres tiernos y ciudadanos útiles á cuantos tienen la dicha de tratarlos. Estos hombres, dignos siempre de la memoria de los buenos, ni se envanecen con las honras, ni se ensoberbecen con el oro, ni abusan del poder cuando lo tienen. En estos casos, cuando su mérito los eleva, ó los engrandece su fortuna, entonces es cuando brillan más sus talentos y se perciben dulcemente sus bondades, lo mismo que cuando el astro luminoso del día se eleva sobre nuestras cabezas, no para incendiarnos con sus rayos, sino para derramar sobre nosotros sus influencias benéficas y necesarias.

—¡Ay, papá! dijo Pudenciana, ¿quiénes son esos hombres tan generosos y tan grandes á quienes no trastorna el oro ni el poder? Yo quisiera conocerlos para alabarlos sin cesar; pero pienso que me moriré con el deseo, porque sólo tú eres tan bueno como los que has pintado.

—Esa alabanza en otra boca me parecería irónica, porque á la verdad no la merezco, dijo el coronel; mas en la tuya la estimo demasiado, porque sé que te la dicta el mucho amor que me tienes, que es el que te hace formar un concepto tan ventajoso de tu padre. Yo te agradezco tu cariño, y procuraré no desmentir tu corazón; aunque es bien que entiendas que ni tengo

la bondad que piensas, ni aun cuando la tuviera, sería el único. Hay muchos hombres buenos, hija mía, sembrados sobre la haz de la tierra; pero es difícil conocerlos, y aunque hay muchos, la infinidad de perversos é hipócritas con quienes se hallan confundidos ó engastados, los hace parecer muy pocos y también muy raros en el mundo.

Tampoco debes olvidar que, por desgracia, el mérito y la virtud las más veces ó no se conocen ó se arrinconan ó se persiguen. Así que, no es mucho que los hombres que poseen estas recomendables circunstancias no estén siempre ni todos en disposición de comunicar á sus semejantes los efectos de su entendimiento y probidad; y ves aquí un motivo poderoso para que estos hombres ilustrados y benéficos nos parezcan menos de los que son en realidad. En el cielo hay muchas estrellas y no las vemos todas, ó porque una distancia enorme las hace inaccesibles á nuestra vista ó porque algunas nubes nos interceptan sus luces.

—Todo eso lo siento mucho, dijo Pudenciana, por cuanto dificulta el conocimiento de semejantes genios bienhechores. ¡Ojalá supiera yo algunas señas inequívocas con que poder distinguirlos de los demás!

—Bien conozco, prosiguió el coronel, la sinceridad de tu deseo, el que es muy justo, y si Dios te destina para casada, ¡cuánto apreciaría que encontrases un hom-



bre de esta clase! Tú quisieras lo mismo, es natural: por eso anhelas algunas señas particulares para el caso. Yo quiero complacerte dándote una sola, muy sencilla, pero inequívoca, y ésta es *la sólida y verdadera virtud*. El hombre que la posee es el verdadero hombre de bien, y de consiguiente, cumpliendo exactamente con las obligaciones que le impone su estado, se hace útil y apreciable en cualquiera clase á que pertenezca en la sociedad.

—Pero, papá, hay tantos hipócritas con quienes un hombre de estos se confunda, que me parece una empresa muy ardua el distinguirlo.

—Es, en efecto, difícil distinguir al malvado hipócrita del verdadero virtuoso; pero no es imposible, en teniendo idea de lo que es hipocresía y de lo que es virtud. Hipocresía es el fingimiento ó la máscara del bien obrar, y la virtud es el constante ejercicio de este bien obrar.

Te parecerá quizá que esta definición dice poco; pero no, hija, en ella sola te doy el termómetro más infalible para distinguir al hipócrita del virtuoso. El primero puede aparentar virtud y engañar ó alucinar á los que no saben qué es virtud ni en qué consiste; pero no puede ser constante en este fingimiento. Semejantes á algunas mujeres zonzas que pretenden pasar plaza de garbosas, fingiendo otro andar del que tienen por naturaleza, y á poco rato se les olvida y vuelven á su antiguo

trote ó pasito cansado, así son los hipócritas;] que por un momento fingen piedad, castidad, humildad, y si se quiere todas las virtudes; mas esta escena no dura mucho; no, no hayas miedo que te engañen si tú lo observas despacio. No duran más los intervalos de un loco que las apariencias de virtud en un hipócrita. A poco de fingir lo que quieren, se les olvida, y manifiestan su ordinario modo de proceder.

No así el virtuoso verdadero, el legítimo hombre de bien y bueno de cabeza y corazón. Este, como acostumbrado al bien obrar, es constante en el ejercicio de la virtud. *Esta constancia* es el mejor garante que tienen los hombres de su hombría de bien, y *el saber observarla*, es el medio mejor para distinguir al hipócrita del virtuoso.

—Papá, dijo Pudenciana, ¿quién no te ha de entender, si te explicas con tanta claridad? Pero para mejor entenderte quisiera que me dijeras en qué consiste la verdadera virtud, pues mientras no lo sepa, no podré observar cuál es el más completo y verdadero virtuoso. Ya yo supongo que la verdadera virtud no consiste en rezar muchas novenas, en andar con la cabeza inclinada al suelo, con los ojos bajos, ni el semblante mustio, ni en otras exterioridades de que hacen tanto caudal los hipócritas é idiotas; pero no me acuerdo en qué consiste la virtud verdadera, y ciertamente que tú me lo has dicho otras veces.



—Sí, te lo he dicho; mas nuestra memoria es harto débil, y se te ha olvidado esto como otras cosas; pero atiende. Preguntaba una vez un joven á Jesucristo, qué haría para salvarse.—«Guarda los mandamientos, le contestó nuestro divino Maestro.—¿Y para ser perfecto? prosiguió preguntando el joven, á quien respondió el Señor:—Si quieres ser perfecto, vende tus bienes, dalos á los pobres, toma tu cruz y sígueme.» He aquí en dos palabras explicado por la Sabiduría eterna en qué consiste la virtud verdadera y la perfección cristiana de ella misma. El que guardare exacta y constantemente los mandamientos del Señor, será verdaderamente virtuoso, y el que, á más de esta indispensable observancia, tuviera la heroica resolución de desprenderse de todos los intereses temporales y de conformar en todo su voluntad con la de Dios, ese será, no sólo virtuoso y arreglado, sino justo y perfecto, en cuanto cabe, en el estado de viador en esta miserable vida. Los que faltasen á aquella observancia y á aquel despego total de las cosas humanas, serán solamente unos hipócritas de virtud y santidad, por más exterioridades y gazmoñerías de que se valgan. Alucinarán alguna vez á los que juzgan de las cosas con ligereza; pero nunca á los que como tú saben ya en qué consiste la virtud y cuáles son las señas que convienen á los verdaderamente virtuosos.

—De manera, papá, decía Pudenciana, que siendo

lo mismo ser virtuosos que hombres de bien, ninguno que no guarde los preceptos del Decálogo en todas sus partes puede ser virtuoso, y de consiguiente ni hombre de bien, ó como se dice, hombre de honor.

—¿Eso qué duda tiene?

—¡Ya se ve! pero yo he oído decir que entre los gentiles ha habido y aún hay entre los moros y protestantes de otras comuniones diferentes de la nuestra muchos hombres de bien, y tales, que su conducta pudiera avergonzar á muchos católicos relajados. Esto me hace creer ó que es falso que haya habido tales hombres de bien en el mundo sin ser cristianos, ó que si los ha habido puede haberlos sin guardar los diez preceptos dichos, pues los protestantes y moros no los guardan; y entonces sale de ahí que, para ser hombre de bien, no es menester guardar los mandamientos.

—Así debería ser si no fuera tu raciocinio equivocado; pero has de saber, hija mía, que aunque es indudable que entre los gentiles, moros y otros que no han conocido ni adoptan nuestra religión ha habido y hay muchos hombres de bien, todos estos han guardado y guardan escrupulosamente los preceptos del Decálogo...

—Pero, papá, ¿cómo los pueden guardar si no los saben?

—Esa es la equivocación, hija mía; porque has de saber que todos los hombres nacen con el conocimiento